

“VALORES FAMILIARES”

(Domingo 24 de mayo de 2015)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)
(No. 593)



***“El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición”
(Malaquías 4:6)***

Hace unos días, la sociedad se estremeció ante la noticia del homicidio de un niño de escasos seis años de edad, de nombre Christopher Raymundo Márquez Mora, a manos de un grupo de cinco adolescentes: Dos de quince, dos mujeres de trece y uno más de doce.



Las noticias dicen que los adolescentes idearon jugar al secuestro y se enfocaron en Christopher. En un momento en que su mamá entró a su casa a apagar la lumbre a una olla con frijoles, ellos desaparecieron al niño. Lo que hicieron con él es aterrador, pues lo golpearon con piedras y con un palo; le rebanaron los cachetes y le sacaron los ojos. Lo asfixiaron con el mismo palo y luego le asestaron veintisiete puñaladas en la espalda. Lo metieron en una bolsa de plástico y lo enterraron de cabeza, tapando el pozo con tierra y maleza y para que nadie sospechara nada pusieron el cuerpo de un animal muerto.

Tal fue la forma en que quedó el niño que tanto las autoridades como los mismos familiares no permitieron a su mamá verlo.

Los comentarios de algunos expertos dicen que esto no es otra cosa que el reflejo de haber padecido tantos años de violencia e inseguridad debidas al crimen organizado. Todos coinciden en que las familias están perdiendo la batalla y la ausencia de los valores morales es la que gobierna en el seno de los hogares.

Las propuestas para remediar esta problemática recaen en la idea de formar comités juveniles, que pudieran atraer a los chicos y fomentar en ellos, a través del deporte y otras actividades los valores morales que se han diluido por completo. Se propuso mantenerlos ocupados, guiarlos, educarlos, satisfacer sus necesidades, fortalecer su autoestima, sus valores y su identidad.

Tal vez sean medidas buenas, pero no suficientes.

La verdad es que la familia y la educación que se recibe en ella, son y seguirán siendo el punto de partida en la formación de todo individuo.

Es interesante ver el modelo judío. Entre los hebreos, los niños eran educados por sus padres, especialmente por la madre. Ella les enseñaba a leer, a escribir, a hacer cuentas y en fin, los conocimientos más elementales. Esta instrucción primaria era hasta los doce años, que era la edad cuando era considerado un “hijo de la ley”. Para ese entonces, el niño ya había memorizado los cinco primeros libros de las Sagradas Escrituras.

Ejemplos bíblicos de esto: Eunice, la madre de Timoteo fue la que lo instruyó desde niño. Vea lo que dice la Biblia: **“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:14-15).**

Otro ejemplo mayor aún es el de nuestro Señor Jesucristo. ÉL fue instruido por sus padres. Dice la Biblia de ÉL cuando era un niño: **“Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Lucas 2:52).**

Se nos relata el episodio cuando ÉL está en el templo rodeado de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles **“Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas” (Lucas 2:47).** ¿Por qué tenía Jesús tal sabiduría y conocimientos? Porque sus padres lo instruyeron en el seno familiar.

Sin lugar a dudas, la educación comienza en el hogar. Allí es donde deben forjarse los valores morales y espirituales.



¿Por qué se pierden los valores?

Porque la familia ha fallado en su principal cometido que es la sana formación espiritual, moral, social y aún física de los hijos.

1. En la familia falta mayor comunicación.

Es algo que está haciendo mucho daño a la familia.

La falta de comunicación, por muchas razones, hace que la pérdida de valores sea inmensa, ya que bien dicen *“Todo viene desde casa”*, si en casa no se da una buena educación ni una buena cultura de valores, estos se van perdiendo y dejando atrás la amabilidad, los honestidad y sobre todo el respeto. Que es una de las fuentes importantes para convivir en sociedad.

La incomunicación comienza entre los padres. Los esposos ya no se comunican entre sí. Ya no hay tiempo para eso. La multitud de actividades los absorben totalmente. El poco tiempo que pasan juntos es, quizá a la hora de la cena, pero ésta es frente al aparato de televisión y el programa, o la telenovela, o la película los hace enmudecer y no hay verdadera comunicación. Es posible que se dé alguna conversación, pero es sobre temas irrelevantes tales como algún chisme, o comentar la novela o quien ganó el partido, en vez de platicar acerca del comportamiento de los niños, o como van en la escuela o que planes futuros se tienen.

La conversación es diferente a la comunicación, la comunicación es poner en común lo más valioso, es profunda, comprometedora. Es fácil conversar, es muy difícil comunicarse de verdad. Pero la comunicación verdadera enriquece; la simple conversación solo entretiene.

Pero si la falta de comunicación entre esposos es ya mala, peor aún está la situación de padres a hijos y viceversa. Con esto de la tecnología, ya los muchachos viven pendientes de su celular. Ni siquiera miran a los demás. Toda su atención es su teléfono.



¡Esto es en verdad gravísimo!

El Smartphone está enfriando las relaciones familiares, separa a los miembros de la familia, los convierte en desconocidos, los aísla y los hace sentir más solos; pierden el hilo de la vida de sus seres queridos.

Los hijos no conocen a sus padres y lo que es peor, los padres no conocen a sus hijos. No saben cuáles son sus

problemas, cuáles son sus anhelos, cuáles son sus planes, porque no existe una comunicación verdadera entre ellos.

Al no haber intercambio de impresiones, entonces no hay esa siembra de valores en las mentes y corazones de los muchachos.

El Dr. Josh McDowell tiene razón cuando llama a la presente generación de padres: “La generación desconectada”, porque no hay esa conexión entre padres e hijos.

Es urgente que los padres hagan esa reconexión con sus hijos. Que hagan a un lado todo pretexto para no pasar tiempo con ellos y que se olviden de aquello de “tiempo de calidad” lo cual es una mentira. A los hijos hay que darles tiempo de calidad, sí, pero también de cantidad.

Es interesante la profecía que viene en el libro de Malaquías. Dice así:

“He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (Malaquías 4:5-6). Llama la atención, la preocupación del Señor por esa reconexión entre padres e hijos.

2. En la familia falta mayor comunión.

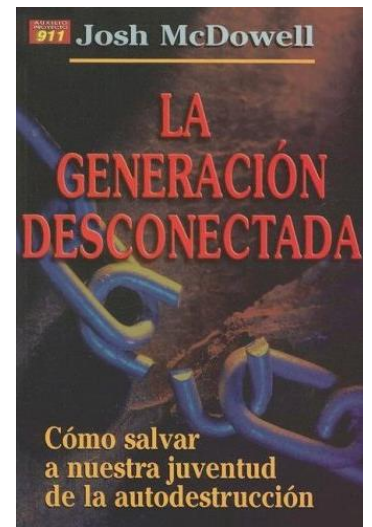
Y con esto me refiero a que falta mayor amor, comprensión, estimación, valoración.

Muchas veces el ambiente en el hogar es de hostilidad, gritos, enojos, reclamos, golpes, ofensas, etc. Eso genera resentimiento en los miembros de la familia y por eso, los muchachos se van y buscan grupos de iguales que sí los acepten, sí los valoren, sí los complacen. Si usted me permite, le pondré un ejemplo bíblico que habla de esto:

Jefté era un muchacho de Galaad. Esforzado, se proponía algo y lo lograba, no era pasivo ni indiferente y además valeroso. Pero además de ser cautivador por fuera, también lo era en su interior. Aunque era hijo de una mujer prostituta, él no tenía la culpa, así que eso no le inquietaba, además Jefté conocía la Biblia. Podemos decir que era un buen mozo, feliz y contento.

Pero, sus problemas empezaron cuando su padre decidió llevarlo a vivir a su casa, donde la madrastra y los medios hermanos lo trataron con celos, rechazo y muchas otras cosas imaginables. Jefté vivía en una F-A-M-I-L-I-A (Se escribe con letras separadas para representar una familia desunida y desintegrada)

No es difícil razonar que aquello no era familia para él, y que sufría al vivir en una casa que no era su casa, con unas personas que no eran su familia. Esto hizo que Jefté albergara rencor, odio y lo peor, resentimiento.



¿Cuál cree usted que fue la determinación que tomó Jefe?



¡Exacto! Irse de su casa. ¿Con quién compartiría sus problemas? ¿Quién lo entendería? Se juntó con un grupo de jóvenes ociosos. Tenían algunas cosas en común, pues ellos también venían de familias disfuncionales. Allí halló identidad, aceptación, estima, valor. Se identificó con ellos en todo. Incluso en hacer maldades: **“Entonces Jefe huyó de sus hermanos y se fue a vivir en la región de Tob, donde se le juntaron unos hombres sin escrúpulos, que salían con él a cometer fechorías” (Jueces 11:3) (Nueva Versión Internacional).**

Por favor, mire la fórmula: Rechazo + Resentimiento = Rebeldía.

Es probable que el asesinato que cometieron esos adolescentes con aquel niño sea un claro reflejo del desamor que hay en sus propias familias. Porque personas que son educadas en amor, que son atendidas en sus necesidades, que son valoradas y su autoestima es elevada difícilmente se comportarían con esa saña con que realizaron ese horrendo crimen.

Es necesario, preciso y urgente que los padres vuelvan a sus hijos con todo su corazón y se conviertan en satisfactores de sus necesidades, especialmente la necesidad de afecto.

Aun cuando de muy niño mi madre me llevó al templo, cuando cumplí los doce años me alejé completamente de Dios. Siendo un muchachillo de secundaria, fui inducido por los compañeros a fumar. Me creía muy listo y pensé que mis padres nunca se darían cuenta. Me aprovisioné de chicles de menta y de pastillas dulces para ocultar el olor a cigarrillo. Pero a este “inteligente” joven se le olvidó una vez una colilla en la bolsa de la camisa. Mi madre lo comentó con mi padre y él habló conmigo. Fue su diálogo amoroso y que reflejaba una sincera preocupación, más que su regaño, lo que me convenció a dejar para siempre esa práctica tan nociva. Nunca olvidaré sus palabras llenas de cariño.

3. En la familia falta mayor educación.

Y no hablo de educación escolar, sino de esa educación que solo se da en el hogar: La madurez, la prudencia, la sensatez.

Los hijos estarán creciendo en sabiduría cuando sepan distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo, cuando sepan discernir entre una buena o una mala compañía, cuando sepan escoger lo que les pueda beneficiar y rechazar lo que les perjudica. Y en esto, los padres tienen mucho que hacer, mucho trabajo.

Es necesario que se vuelva al diálogo, diría yo, muchísimo diálogo con cada uno de los hijos. Tengan la edad que tengan, los padres deben hablar con ellos, orientarlos, motivarlos. No deben perder ninguna oportunidad de dejar sembrados los preciosos valores espirituales y morales que les harán buenas personas.

El Señor nos guíe para saber ser buenos padres y nuestros hijos, buenos hijos.

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela.

RINCÓN PASTORAL:

"TANQUE LLENO"

Ernie era un niño hijo de un padre alcohólico que debido a ese terrible vicio perdió a su esposa, su trabajo, su casa, todas sus posesiones y el respeto por sí mismo, hasta que finalmente murió solo en el cuarto de un motel.

Pero Ernie creció y fue un muchacho equilibrado, trabajador y generoso.

Alguien le preguntó ¿Qué había hecho su padre para que él fuera ahora un hombre de bien? Él respondió: Desde que yo recuerdo, todas las noches, antes de dormir, mi padre me besaba en la mejilla y me decía: -"Te quiero, hijo".

El siquiatra y escritor Ross Campbell dice que cada niño tiene un tanque en su interior que los padres deben llenar. Si el tanque se encuentra lleno, el niño será dócil a la instrucción y a la educación. Pero si se encuentra vacío, se hará rebelde a toda siembra de valores.

***"Instruye al niño en su camino,
Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él"
(Proverbios 22:6)***